LAS BODAS DE FIGARO

OPERA EN CUATRO ACTOS
DEL MAESTRO

MOZART

ARGUMENTO

NÚÑEZ Y C.ª S. en C.—San Ramón, 6
BARCELONA

ACTO PRIMERO

La escena representa una habitación a medio amueblar; en el centro hay un gran sillón y Susana, delante de un espejo, se prueba una cofia de novia. Susana dice a Fígaro que se encuentra guapa y contenta con el adorno.

—¿Es esta habitación?—interroga Susana.

—Sí, nuestro amo generoso nos la cede.

Susana le llama tonto, agradeciéndola Fígaro tales *cumplimientos*. Fígaro dice que si por casualidad la señora llama durante la noche, Susana podrá acudir inmediatamente, como él podrá acudir en tres saltos si el conde fuese el que llamara.

—No está mal—murmura Susana—pero si al conde se le ocurre una mañana enviarte a un recado a tres leguas de aquí, a mi puerta puede traerle el diblo en tres saltos.

Fígaro dice que teme darse cuenta de sospechas que le hacen temblar.

Se oye llamar dentro y ambos salen de la escena exclamando Fígaro:

—¡Bravo, Monseñor! Ahora comienzo a comprender el misterio y a descubrir claramente vuestras intenciones.

Entran en escena Marcelina y Bartolo, llevando aquélla un rollo de papel en la mano. Bartolo se extraña de que Marcelina haya aguardado el día de la boda de Fígaro para contarle ciertas cosas.

Es necesario, añade, asustar a Susana, excitándola a rehusar al conde, quien, para vengarse se pondrá de mi parte y Fígaro acabará por ser mi marido.

Aparece Susana llevando en la mano la *toilette* de noche de la condesa, y al encontrarse con Marcelina, se cruzan entre ambas sabrosas alusiones, marchándose Marcelina.

Cherubini, jaje del conde, entra en el palco escénico diciendo que ha tenido la desgracia de que el conde le sorprenda a solas con Barbarina, y a no ser por la condesa le hubiera puesto de *patitas en la calle*.

Pregunta después Cherubini a quién pertenecen la cofia y las caídas de cinta que tiene Susana y ésta respóndele que son de una *muy hermosa madrina*. Cherubini entrega un romance a Susana.

—¿Qué voy a hacer yo con esto?—pregunta Susana.

—Leérselo a la señora—responde Cherubini—a Barbarina, a Marcelina... a todas las mujeres del castillo.

Entra el conde y se sienta diciendo a Susana que la encuentra algo turbada. Susana suplica al conde que se retire, temerosa de que les sorprendan juntos. El conde le ruega que le escuche un momento, sólo dos palabras; mas la voz de Basilio corta el diálogo, ordenando el conde a Susana que salga de la habitación y que a nadie permita la entrada. Susana, con turbación y con sorpresa, pregunta al conde si se va a quedar solo en su cuarto, a lo que contesta éste que se esconderá detrás del sillón hasta que se vaya Basilio. Susana se opone a que se esconda, pero el conde la manda callar y se dirige hacia la parte posterior del sillón, en tanto que Susana trata de impedírselo, momentos que aprovecha Cherubini para dar la vuelta y agazaparse sobre el asiento. Entonces Susana le cubre con la ropa que lleva al brazo.

Aparece Basilio, quien pregunta a Susana si por casualidad ha visto al conde.

Basilio dice que ha visto a Cherubini rodando por aquellos alrededores, y al fijarse en el romance pregunta en tono zumbón si va dirigido a ella o a la señora.

Al oír esto el conde abandona su escondite pidiendo explicaciones a Basilio.

Susana se desmaya, siendo socorrida por el conde y Basilio que la colocan sobre una silla.

—Ayer—le dice el conde a Susana—vi cerrada la puerta de tu prima; Barbarina al abrirme parecía temblorosa, excitando con ello mi curiosidad. Yo miré, busqué y rebusqué por todos los rincones, y levantando despacio el tapete de la mesa descubrí al paje.

Al mismo tiempo que dice esto el conde levanta la ropa que Susana puso sobre el sillón tapando a Cherubini y aparece éste quedando el conde todo sorprendido.

En este momento entran en escena Fígaro, Barbarina—llevando en las manos un sombrero adornado con plumas y cintas blancas—, campesinos y campesinas.

Los campesinos entonan una estrofa poética en loor de su señor porque ha suprimido el derecho de pernada y la alegría cunde oyéndose vítores y aplausos. Cherubini, doblando la rodilla, pide perdón al conde, quien le dice que no lo merece. Susana intercede y el conde le perdona, concediéndole además una plaza de oficial que hay vacante en su regimiento; pero advirtiéndole que tiene que marchar en seguida. El coro entona una estrofa y cae el telón.

ACTO SEGUNDO

Entra la condesa seguida de Susana y poco después Fígaro, llamado por su futura esposa. Este ha contado a su señora que el conde le requiere de amor, y Fígaro dice que tiene un proyecto para burlarse del enamoradizo señor. Para ello cuenta con el concurso de Cherubini, que ha demorado su partida.

—Escuchad—añade.—Tú, Susana, harás saber al conde que le esperarás en el jardín hacia la caída de la tarde, y nosotros nos arreglaremos de modo que el joven Cherubini ocupe tu puesto disfrazado con ropas tuyas.

Fígaro se ausenta y a poco llega Cherubini, quien muestra su pesar por tener que alejarse de una madrina tan cariñosa. Susana le invita a que cantt, delante de la condesa, el romance por él compuesto. Cherubini no se atreve y Susana dice que ella cantará algunos versos.

Cuando termina la canción se dispone el disfraz de Cherubini, oyéndose algunos golpes en la puerta. La condesa pregunta quién es el que llama, que no es otro que el propio conde. Después de muchas vacilaciones esconden a

Cherubini en el gabinete, entablándose un diálogo muy vivo entre el conde y la condesa. Al fin, ambos cónyugues abandonan la estancia, lo que aprovecha Susana para hacer salir a Cherubini de su escondite.

A Cherubini no le queda otro recurso que descolgarse por la ventana.

Tornan a la escena la condesa y su esposo, llevando éste los útiles necesarios para forzar una puerta y cuyos útiles arroja sobre una silla, invitando a la Condesa a que ella abra la puerta del gabinete, evitándole así acudir a la violencia. Ante la terquedad del señor, la condesa dice que allí se oculta un joven.

—¿Un joven?—ruge el conde terriblemente.

—Sí; Cherubini.

El conde y su esposa quedan como asombrados al ver a Susana que les dice en tono zumbón:

—¿Por qué tal estupor?

Fígaro llega para decir que los músicos han llegado, haciendo sonar sus instrumentos, a cuyo compás bailan y cantan los vasallos.

—Para que la comedia acabe graciosamente—dice Fígaro—es preciso un matrimonio. Concededme, señor, vuestro permiso para ver colmados mis deseos.

Antonio se presenta, llevando entre las manos un tiesto de claveles estropeados. Ante sus amos se lamenta de que poco antes ha saltado una persona, un hombre, que al caer sobre las macetas le ha pisoteado las flores. Fígaro declara que él las ha estropeado al saltar por la ventana.

—Entonces—exclama Antonio mostrando el nombramiento militar del paje—¿os pertenecerá, sin duda, este papel que habéis perdido en la caída?

La presencia de Marcelina, Bartolo y Basilio calma al conde. Marcelina manifiesta que Fígaro le ha firmado una promesa de matrimonio y que viene a exigir su cumplimiento.

Reclama el conde el derecho a juzgar la cuestión y termina el acto.

ACTO TERCERO

Susana coquetea con el conde y le promete acudir al jardín para hablar con él más tranquilamente.

Marcelina, Basilio, Fígaro y después Susana, entran en la estancia, diciendo Bartolo que el asunto está juzgado y que no hay otro remedio que casarse o aflojar la bolsa, sentencia que encuentra muy justa el conde. Pero Fígaro declara que él es gentil hombre y que nada puede hacer sin el consentimiento de sus nobles padres. El conde y Basilio le piden pruebas de su nobleza, a lo que responde Fígaro que el oro, las joyas y los trajes bordados que los ladrones encontraron sobre él, son indicios ciertos de su cuna ilustre, y, sobre todo, un signo que lleva grabado en un brazo. Al oír esto Marcelina, exclama vivamente: «¿una espátula en el brazo derecho! ¡Dios mío, es él!»

—¡Rafael!—grita Marcelina.

Basilio dirigiéndose a Fígaro:

—¡He aquí tu madre!

Fígaro dice que no es su madre, sino su nodriza; pero Marcelina, abrazando a Fígaro y señalando a Bartolo, dice: Este es tu padre.

La señora dice a Susana que se siente para escribir una canción dedicada al aire, que ella le dictará y que ha de servir para que el conde acuda a una cita. Terminada la escritura, la condesa ordena a Susana que doble la carta sujetándola con un alfiler.

Entran en escena aldeanas que llevan ramos de flores y después el conde, Antonio, y más tarde Fígaro.

Vuelven a la escena Marcelina, campesinos, campesinas, criados, guardas, etc. Entre varias muchachas llevan la toca virginal adornada con plumas blancas, el velo, los guantes y el ramo destinado a Susana; cerrando la marcha Bartolo con un gran *bouquet* colocado en el pecho. Antonio da la mano a Susana y le conduce delante del conde, quien le pone la toca y le entrega las flores y los guantes. El conde se pincha en un dedo con el alfiler que lleva por cierre la esquela que le ha entregado Su-

sana y que no es otra que la *canción al aire* que antes le dictara la condesa.

ACTO CUARTO

El escenario representa un ancho paseo del jardín del Castillo. Barbarina busca el alfiler que ha perdido y que tenía que devolver a Susana como conformidad a la cita que dió al conde. Fígaro se entera del intríngulis y se lamenta de la infidelidad de las mujeres. Sale Susana y expresa sus agradables pensamientos por la próxima boda en un aria deliciosa.

Susana y la condesa aparecen con los vestidos trocados, es decir, la condesa con los de Susana y viceversa. La condesa retírase a un lado, mientras Susana habla en alta voz pronunciando palabras de cariño para el ser amado, fingiendo ser la condesa y después hace mutis. Fígaro se presenta y dice que está a punto de perder el juicio, pues no sabe si sueña o está despierto; también llega Cherubini, desarrollándose aisladamente varias animadas escenas, que terminan porque el conde cree descubrir a Fígaro haciendo el amor a la condesa, y da voces demandando socorro y ayuda, a cuyos gritos acude corriendo Bartolo, Basilio, Antonio y campesinos de ambos sexos con antorchas, en tanto que Susana corre a ocultarse en un pabellón que hay a la izquierda en el cual penetra el conde, sacando cogido del brazo a Cherubini al mismo tiempo que le grita.

—Resistís en vano; salid, señora, para recibir el premio de vuestra castidad.

Susana, Barbarina y Marcelina avanzan por la escena, cuando el conde fijándose en Cherubini, exclama:

—¡El paje!

Susana pide perdón que el conde le niega, pero la condesa, saliendo del otro pabellón, se pone de rodillas delante de su marido y también pide clemencia. El conde, comprendiendo la jugarreta de que ha sido víctima, acaba por pedir perdón a su esposa que en seguida se lo concede, y el júbilo y la alegría reina por todas partes.

52036